

Pero yo no estaba  
entre los desertores,  
ni mi nombre figura por la causa.

Oscilaba. Oscilaba.

(La calle, la gente,  
la carta que no llega,  
el niño gritando y el balcón solo  
sobre el paso de los coches.

Hombre. Sillón lleno de revistas  
y mesa sin limpiar.

Mujer. Tejido de lana gruesa  
y un bostezo reposando en la cama.)

Pero yo no estaba

entre los desertores,  
ni mi nombre figuraba por la causa.

Oscilaba. Oscilaba.

(Nuevamente el comienzo de las cosas.

Los saludos, las palabras,  
las funciones siempre en punto,  
y los focos,

y las fábricas,

y las voces vomitando huecos

y los huecos derrotando voces.

Y la derrota

esperando pacientemente  
a la vuelta de la esquina.

Embozada. Disfrazada.

Casi risa. Casi sueño.

Bofetada.)

Pero yo no estaba

entre los desertores

ni mi nombre figuraba por la causa.

Oscilaba. Oscilaba.

(Fatiga. Mi cuerpo o el del  
que ya ni el viento levanta.

Enfermedad. Reposo bajo  
un peso de recetas y farmacias.

Agonía. Adiós sobre un adiós  
que ya no tiene nostalgias.

Muerte. Carencia absoluta  
de ruidos bajo mi guitarra.

Vida. Una rima truncada  
que antes de caer por tierra;

Oscilaba. Oscilaba.)

\*

Soy el recuerdo de un hombre que camina.  
Soy las tres y media  
y un aparador sin gente.  
Soy el lugar en una mesa,  
una camisa encima de una cama,  
una familia alrededor del calendario.  
Soy las desgracias  
que no sufre el alegre niño.  
Soy las posibilidades  
de éste que anuncia y éste que vende.  
Soy aquellos que se miran  
y fingen llamarse como se llamaba el padre,  
o fingen dormirse como no dormía el nieto.  
Soy unos parientes que se hacen pequeños  
despidiendo un tren que se lleva a su viajero.  
Soy los gritos  
y los golpes dados sin quererlo.  
Soy el poema que se piensa  
y la joven alegre que corre y corre  
porque le asusta el misterio.  
Soy la frase que se repite.  
Soy eso que ya ni es eso.  
Soy la lengua que hablan los otros  
y a veces soy los otros  
y a veces no soy ni ellos.  
Soy la fecha que aún no es  
y ese hombre del que hablaba  
y me evocaba en su recuerdo.  
El trozo de futuro,  
que evita todo descenso  
hasta el fondo de un presente,  
e impide ser mi lugar  
y vivir todo mi cuerpo.

\*

“La moral es una vieja beata  
que se perdió por los pasillos de la iglesia.”  
No cabe duda que estamos hechos de frases.  
De frases cortas, y frases largas.  
De frases que nos sacuden  
o nos aletargan según el tiempo.  
No cabe duda que somos una mala copia  
del Hombre que se encerró entre las tapas de un libro  
y se fue a vivir por sus líneas.  
No cabe duda que somos copia de los escritores  
Que somos cobardes,  
tan inmensamente cobardes  
que tememos llegar al borde y caer.  
Que tememos rodcar la esquina y tropezar.  
Que preferimos olvidar que la Tierra es redonda  
y nos engañamos con la historia del elefante  
y las tortugas.

De todo eso que recuerda al Héroe  
o hunde al Villano.

No cabe duda que nuestros inventos  
son los medios para librarnos del peso  
que significa vivir junto a nosotros,  
y así, que si alguien viniera de  
muy lejos para enterarse del Mundo  
y buscar nuestra esencia,  
tuviera que ir a las ferias y no a los cementerios.

\*

No,  
no es tan sólo crear el bosque  
cuando es la calle la que te diluye poco a poco,  
ni evadir el movimiento pesado y denso  
por crear instantáneas luces  
o instantáneos descansos al borde de lo que corre.

No,  
es preciso, porque tú te eres preciso,  
forjarlo realmente  
y realmente dejarse  
sumergir ya sin ningún reparo.

Es no pensar  
que piensas,  
para ya no hacerlo.

Es una madeja  
que corre sola, porque tiene ansias



de forjar un vestido que cubrirá  
algo valioso  
o que te cubrirá  
cuando más necesitas estar cubierto.  
Es tal vez  
el reloj que llevas  
para demostrar que el tiempo  
no te es necesario y lo  
conviertes en un adorno más del cuerpo.  
Es el simple y sencillo  
movimiento de los ojos  
buscando figuras, colores,  
sombras que por muy cerca  
que estén de ti,  
ni te hieren  
ni te alegran.  
Es un "algo"  
que te deja inerte,  
quieto, sin deseos,  
contemplando solamente,  
solamente contemplando,  
y no,  
no es la muerte, la muerte  
es muy vieja para esto.  
Es . . .  
Es . . . eso.  
(Creo que aún sigue siendo la palabra  
que excluyeron de los libros,  
y que viaja errante  
a través de un sincero paraíso  
que para nadie está abierto.)

\*

Creo en mí  
cuando me recorre el miedo;  
el miedo cotidiano,  
el miedo de todos los hombres  
Creo en mí  
porque soy posible;  
y siendo posible me ahogo  
en un inútil esfuerzo.  
Creo en mí  
porque sé cuando río  
y cuando lloro,  
y cuando mi vista busca la sombra  
o cuando mi boca busca el silencio.  
Creo en mí  
cuando pienso en los poetas,  
cuando creo que todo es sencillo  
como el verso más sencillo  
o la muchacha más sencilla.  
Creo en mí

porque de mí nace  
la puerta que me oculta  
y de mí nace el día  
tras la sincera ventana.  
Creo en mí  
sin vacilación,  
firmemente,  
pensando que yo  
soy mi último habitante  
y el descubridor de mi planeta.  
Creo en mí  
a través de la burla,  
sobre el descanso del sueño  
o en medio  
del agua que no quiere  
abandonar el mudo paso del cielo.  
Creo en mí  
cuando la imposible  
música de los buenos  
se toca con la cadencia  
del rítmico y monótono  
golpe de los malos.  
Creo en mí  
porque solamente  
así olvido  
que soy el viajero constante  
sobre una ruta de eterna gratitud.  
Creo en mí  
porque digo adiós  
y ya no se repite la familia  
y ya no se repite el lastimero  
acorde de los perros.  
Creo en mí,  
porque tengo el suficiente  
valor de olvidarme  
y de dejarme a un lado del camino,  
para ya no creer más en mí.

\*

Estas grandes ganas de desaparecer  
que las palabras ocultan,  
constantemente y sin tregua  
persiguen mi cuerpo  
que es un poco de ayer  
y un poco de hoy.  
Lo cercan, y en el primer  
callejón de silencio lo miran  
fijamente, amenazadoramente,  
incitándole a dar el vital salto  
al reino en que todo lo que existe no existe.  
En donde los campos de siembra  
están llenos de aire

y de una constante tonada marcial.  
En donde la ciudad abre sus tiendas  
al hombre que ha de cerrarlas,  
y las fuentes  
y las fuentes  
y las fuentes  
se repiten de tan cansadas.  
Un país utópico que calmará  
todas las necesidades  
y evitará que mi cabeza  
continúe girando en sí,  
que mi cabeza continúe girando en no.  
Que mi cuerpo camine hacia adelante para avanzar  
y que mi mano toque para tocar.  
(La cárcel.  
Alguien dijo la cárcel  
y se alejó por la calle gris  
de la interrogación.)  
Estas grandes ganas de desaparecer  
se alojan en el diccionario de la librería  
en el cual está la conciencia del Hombre,  
y en donde para saber del amor  
hay que buscar en la letra a.